

Grandes amigos e inseparables son: San Jerónimo y el mono de Chongón.

J. Gabriel Pino Roca

Seguramente que los guayaquileños de hoy, no han escuchado nunca este dicho popular, entre los habitantes de esta ciudad, hasta cierta época, ya lejana, en que empezó a caer en desuso. Se aplicaba, a sujetos, a quienes se veía siempre juntos, ya en los paseos o lugares públicos, bien en visitas o diversiones; y, precisamente con tal motivo, se lo oí yo traer todavía a colación, a una anciana de mi familia, allá por los turbulentos días de la Dictadura de mi General Veintimilla. Era yo entonces, muchachón, y no le dí, por cierto, valor alguno; pero, como más tarde, y ocupando mi tiempo en averiguar antiguallas del terruño, recordara el hecho, puse positivo empeño en descubrir el origen del dicharacho, siendo, fruto tardío de mi penosa búsqueda, la siguiente tradición:

El primitivo pueblo de Chongón, fundado y poblado por caribes (Chom-non - "mi casa ardiente") estaba asentado en el mismo lugar en que, hogaño, se alza el mísero caserío que lo constituye.

Los primeros españoles que lo descubrieron y lo visitaron, fueron, los intrépidos soldados del adelantado don Pedro de Alvarado, en 1534, cuando venían desde Guatemala, en de manada de nuevas tierras que conquistar, que no cayesen en la jurisdicción señalada a Pizarro. Ateniéndonos a las "Décadas" de Herrera, podemos decir, que el primer capitán español, en dar con Chongón, fue, Juan Enrique Guzmán, uno de los principales tenientes de Alvarado, y jefe de una de las columnas exploradoras, la que sostuvo una recia guazabara, en las inmediaciones y a vista del poblado, que, triunfantes, ocuparon los hispanos por algunos días, abandonándolo luego, después de todos los dispersos se hubieron reunido allí, para proseguir en demanda del camino a Quito.

Ningún extranjero volvió a aparecer por los confines, hasta la estable y definitiva fundación de la ciudad de Santiago, sobre el río Guayas; es decir, sólo con posteridad a 1539, en que uno de sus primeros corregidores, en el empeño de reconocer las vecindades, organizó una seria batida, que dio por resultado, entre otros, la ocupación estable del pueblo de Chongón.

De las informaciones más antiguas, que se tiene a cerca de la tribu que señoreaba en el lugar, al ser sometido a la obediencia de España, se desprende que era gente muy industriosa, especialmente en tejidos de lana, materia que les suministraban los grandes rebaños de llamas que apacentaban en la región y de las que, como vemos, no queda hoy un sólo ejemplar.

Por eso me ha dicho un viejo, "que vamos como el cangrejo".

Consta también, que eran grandes agoreros, y mantenían en culto muchos ídolos, tallados en piedra, a los que celebraban frecuentes y pomposas festividades. Otra de sus particularidades era, la de gozar de larga vida, alcanzando la generalidad, los cien años, en pleno goce de sus facultades; y así fue, aún en las generaciones que se sucedieron, hasta muy avanzada la dominación colonial, pues, don Dionisio de Alcedo y Herrera, refiere en su "Compendio Histórico de la Provincia de Guayaquil", que, para 1735, había, en lo que se llamaba entonces Partido de Chongón, 7 indios que pasaban de los cien años, y, uno, que, con la mayor frescura, soportaba el peso de ciento treinta navidades; dueño de una memoria tan prodigiosa, que se entretenía en relatar circunstanciadamente, y con lujo de detalles, como, en 1620, y cuando él acababa de cumplir los quince, conoció y sirvió, al Príncipe de Esquilache, francisco de Borja y Aragón, virrey del Perú. ¡Qué ricura!

En el reparto de las doctrinas, con el objeto de cristianizar a los aborígenes, cupo la de esta comarca, a los padres dominicos, que, por ser los primeros en asomar las narices por estas tierras de América fueron, los más favorecidos en tales gollerías, y quienes por haber celebrado la primera misa, en la capilla que levantaron, a expensas de la caridad pública, sobre la plaza del pueblo, el día 30 de septiembre, la pusieron bajo la advocación de San Jerónimo, constituyéndolo en Santo Patrono de Chongón, título de que disfruta hasta hoy. Como consecuencia, queriendo infundir mayor respeto a sus ovejas, trajeron de Quito, poco después una estatua, de regular tamaño, de ese patriarca dálmata, que ejecutara, en aparente madera, un habilidosos tallador sevillano, que había venido a América en busca de fortuna.

Y, antes de entrar en lo sustanciosos de mi cuento, hace al caso decir, que, conforme al uso, y abuso que los reyes españoles hicieron de las tribus indígenas que los conquistadores sometían al dominio de la Corona, los chongones, fueron adjudicados en encomienda, entre los capitanes: Baltazar Nava, Hernando de Arnedo y Martín Ramírez de Guzmán, vecinos de la recién fundada Guayaquil, a los cuales, cada chongón hábil, debía tributar, anualmente, una pieza de ropa de lana, con guarda teñida, seis botellas de miel de abeja, cinco libras de cera, veinte pescados grandes salados, dos

arrobas de brea, y una docena de patos silvestres, ahumados: todo lo que consta de la "Razón de los Indios Tributarios que hay en la provincia de la ciudad de Guayaquil" hecha por los oficiales reales, en 1551, memoria que se conserva inédita en un archivo de España.

Los naturales de Chongón, que ya hemos dicho, eran muy supersticiosos y dados a los simulacros de su idolatría, asistieron, con creciente curiosidad, a las primeras manifestaciones del culto cristiano, observando con la mayor atención, el desarrollo de la misa, los brillantes ornamentos del oficiante, sus genuflexiones, el ofrendar del cáliz, el tintineo de la campanilla, y el ir y venir del acólito. Miraban y remiraban, con aire respetuosos, la estatua de san Jerónimo en el camarín del altar; de aquel anciano de rostro venerable, luenga barba blanca, con su gorro puntiagudo, su parda túnica y su llamativo cayado en la mano!

Era tanto su empeño por asistir a estos espectáculos, que, para poder entrar a la iglesia, se dejaban hacer, todo lo que los dominicos querían: ponerse de rodillas, juntar las palmas de las manos, agachar la cabeza, y que sobre ella se les regase agua, sin entender, por supuesto, lo que ello significaba, ni importárseles tampoco, la deficiente explicación que se les daba, por boca del intérprete. El asunto era, obtener patente, para poder llegar, lo más cerca posible, de ese viejo fascinador, que estaba subido allá arriba, sobre el altar, y por cuya figura y actitud habían cobrado gran afición.

La novedad se extendió por todo el contorno; los indios acudían a tropel para conocer el nuevo dios, y los dominicos, encantados; convierte que convierte; bautiza que bautiza, y guarda que te guarda, los ricos presentes que los neófitos les traían, para ganar su voluntad y el derecho de acercarse a la peregrina figura.

No obstante, y a pesar de las insistentes amonestaciones que les hacían los doctrineros, no cesaban también de pagar culto, a sus antiguos dioses de piedra, que aún no se habían atrevido a derribar aquí los hijos de Santo Domingo, por ser muy pocos los cristianos radicados hasta entonces en la comarca, y haberse mostrado los indios resueltamente hostiles, cuando se pretendió realizarlo con alguno. De uno de ellos, sobre todo, parecía que fuera imposible desprenderlos, y que se dejarán de hacerle, al paso, todo género de reverencias y sumisiones. Era éste, el grotesco simulacro de un simio, en actitud de saltar, groseramente tallado en piedra gris dura, y el cual estaba enclavado en el centro de la plaza del pueblo principal de los chongones, sobre uno de cuyos frentes, habían construido precisamente los dominicos la iglesia dedicada a San Jerónimo. De esta suerte, y con grave ofensa, el dios pagano, quedaba frente a frente, y dando la espalda, a la casa

del Señor de los cristianos; cabalmente, en la misma ubicación que hoy tiene. Y, sucedía, para escándalo de los congéneres del terrífico Padre Valverde, que los indígenas convertidos, con bautismo y todo, no bien salían del templo de alabar a San Jerónimo, que, en divisando a su dios favorito, corrían a él, y, como en acto de desagravio, le hacían los más rendidos homenajes de temor y respeto.

Sólo a regañadientes, toleraban los padrecitos, que los imbéciles chongones, repartieran arrumacos y dingolondangos, entre el austero San Jerónimo y el mono maldito, atisbando momento propicio, para hacer añicos el repugnante ídolo, poniendo fin, de este modo, al influjo demoníaco, que sobre aquellos infelices ejercía. Una vez, y con motivo de las vísperas del Santo, a las que habían acudido, armados, varios encomenderos de Santiago de Guayaquil, creyeron llegada la ocasión; pero, apercibidos los indios que estaban dentro de la iglesia, de lo que se trataba, la abandonaron, y fueron a levantar gran algarada en la plaza, con lo que se les reunieron otros muchos, que andaban por los campos; y todos se agruparon en actitud belicosa alrededor del mono, resueltos a impedir el desacato que se quería consumir. Hubo, pues, que cejar prudentemente del empeño. De este modo siguieron, San Jerónimo en su altar, y el mono en la plaza; y los chongones distribuyendo sus devociones supersticiosas entre uno y otro.

-Más vale maña que fuerza - se dijo para su cogulla, el reverendo padre fray Baltazar de la Cava, cuando, meses después del frustrado intento, lo envió su convento de Guayaquil, a regentar la doctrina de Chongón, en reemplazo del colega que la había venido presidiendo, y, aprovechando del alto que hizo allí, para tomar descanso, una columna de gente española, que iba de comisión a la Punta de Santa Elena, la ganó a su plan, que consistió, en arrancar al mono, durante las tinieblas de la noche, y arrastrándolo con toda cautela, dejarlo abandonado en lo espeso de un monte vecino. Nadie parecía haberse apercibido en el pueblo, del nocturno ajetreo, que dio al traste con el ídolo.

Pero, cuando rayó el alba, la campana empezó a llamar a los chongones al diario rezar de la misa, a que acudían solícitos, para verle las barbas a San Jerónimo, y, llegada la hora, el reverendo de la Cava, muy orondo de su hazaña, salió de la sacristía para dar comienzo a la ceremonia, no había en la iglesia un solo indiano, y el dominico no tuvo, por ese día, otros oyentes, que los soldados españoles, sus cómplices, y las lechuzas y murciélagos de la torre.

Al dejar el templo, acompañado del sacristán, para dirigirse a la morada de una familia española, donde tomaba el succulento chocolate, vio que los

indios cristianos, se andaban en grupos por la plaza, mirando pensativos y silenciosos hacia el lugar donde estaba, y de donde había desaparecido el mono. El remordimiento hizo que no les interrogara, el por qué no habían acudido a la misa, prefirió hacerse el desentendido.

La nueva aurora trajo otra nueva sorpresa a la gente dominica, y a todos los estantes y habitantes del pueblo de Chongón: también San Jerónimo, había fugado de su altar! Pero ¿Cómo? Si en la pequeña iglesia, dentro de la cual dormía el sacristán, que era de paso, hombre muy desvelado, no se había percibido el más leve ruido durante la noche. ¡Si las puertas y ventanas permanecían cerradas con fuertes cerrojos y pestillos! ¡Sólo que el Santo hubiera emigrado por los ventanales de la torre, que no tenían celosías!

La estupefacción era grande; fray Baltazar miraba maliciosamente, de reojo, a sus neófitos chongones, que se acercaban, atraídos por la novedad. Algunos parecían realmente sorprendidos.

Pronto se dejaron de lado los comentarios y lamentaciones, pasándose a la obra. Todas las viviendas del pueblo fueron registradas; pero, en ninguna, se encontró la efigie del hijo máximo de Stridon, en la Dalmacia, que murió en el año 420 de la era cristiana, a la avanzada edad de 80 años, de quien leo en un sesudo escrito católico, fue a causa de su austeridad, blanco del odio y de la ira de monjes y frailes relajados, de su época, y al que elevó a santo, post-mortem, la voluntad de un papa.

En vista de tan triste resultado, el padre Baltazar de la Cava, ordenó que los soldados españoles montasen, y saliesen a recorrer las quebradas y montes del contorno, inquiriendo por el fugitivo. Pronto regresó uno de ellos, noticiando, desde lejos, a grandes voces, que San Jerónimo estaba montaña adentro, bajo un frondoso mango, y junto al mono que había sido arrebatado de la plaza. Grande fue la alegría que la buena nueva produjo, e inmediatamente, partieron muchos, alborozados, camino del sitio indicado, de donde trajeron a hombros, entre vivas y hurras al santo patrono, depositándolo sobre el altar que había abandonado.

Dos días después de este suceso, amaneció también enclavado en su lugar de la plaza, frente a la entrada de la iglesia, el viejo dios de los chongones, sin poderse averiguar, cómo, ni a qué hora, se había operado ese traslado.

Entonces tornaron los indios a entrar en la iglesia, como antes lo habían acostumbrado, para hacer las consabidas carantoñas a San Jerónimo, acabado lo cual, se aproximaban reverenciosos al ídolo.

El tenaz doctrinero dominico, erre con erre, en que debía de arrancarlos de esta empedernida idolatría, dejó transcurrir una veintena de días, al cabo de los que, aprovechando, como la vez pasada, de la negrura de la noche, hizo transportar sigilosamente, con ocho hombres de su absoluta confianza, al mono fiero, y enterrarlo en un profundo pozo, que había hecho abrir previamente en un rincón apartado. Ahora sí, estaba seguro, de que, en jamás de los jamases, volvería a alumbrarle el sol, y que los contumaces indígenas acabarían por echarlo al olvido. Se equivocaba medio a medio. La consecuencia de este nuevo atentado fue otra: el que San Jerónimo volviera a desaparecer de su altar, de modo misterioso, a pesar de la mayores seguridades de que se le había rodeado. Y, aquí sí fue apurado el caso, porque pasaban los días, por más búsquedas en que se emprendiera, todo afán resultaba infructuosos, y Chongón, parecía quedarse, a la postre, sin sus dos joyas de mayor valía: San Jerónimo y el mono.

Una mañana tuvo fray Baltazar una feliz inspiración, que puso en práctica acto continuo, y fue, llevar cuatro hombres, armados de palas y barretas, y mandarles que cavaran sobre el sitio en que habían ocultado al maldito mono.

¡Dios del cielo! Ambos surgieron de entre la misma tierra removida. Ya no cabía duda alguna; habían sellado amistad perpetua, jurándose ser inseparables, y pactando alianza ofensiva y defensiva.

Entre frailes e indianos, convencidos de estas verdades, regresaron al pueblo, a espaldas de los feligreses, a ocupar sus respectivos puestos, de donde no se movieron más, en que están ahora, y permanecerán siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Fuente: **J. Gabriel Pino Roca.** "Leyendas y tradiciones, y páginas de historia de Guayaquil" (1973) Junta Cívica de Guayaquil.